duda, de las "modernas" tecnologías del computador: copiar y pegar (aquí no pegaron).

LUIS GERMÁN SIERRA J.

La muerte del poeta en manos de un médico: pura ficción

El enfermo de Abisinia Orlando Mejía Rivera Bruguera, Barcelona, 2007, 120 págs.

Desde que estaba chiquita he idolatrado a Rimbaud. Nada raro en una persona que, aunque no se sepa muy bien porqué, desde su temprana infancia se deleitaba con la poesía. Primero empecé leyendo a Barba Jacob, después pasé a Alfonsina Storni, después intenté con Julio Flórez y un día, recién ingresada al bachillerato, descubrí a Rimbaud. Llegué a este poeta adolescente por Baudelaire y Verlaine, y éste, a su vez, hizo que me sumergiera en los poetas franceses, muy especialmente en los surrealistas, y que un día llorara, literalmente, por haberme encontrado en el suplemento literario de El Colombiano unos poemas de Alejandra Pizarnik, quien recién se había suicidado en 1972. De ahí pasé a los beatnik. Me enamoré de Allen Ginsberg, de Gregory Corso, de Gary Schneider. Y seguí explorando entre poetas contemporáneos y no tan contemporáneos, y en el rock encontré poesía y me siguió gustando esta manera de expresarse que se mueve, como dice William Ospina, entre las artes plásticas y las musicales.

De Rimbaud me leí su obra en traducciones buenas y otras no tan buenas como las Visor. Me fascinó *Una temporada en el infierno* y quise hacer de este título un lema para mi vida. La vida de Rimbaud me parecía emocionante, una especie de mito que debía revivir, hacer carne

de mi carne. Afortunadamente, no lo logré porque creo que de haberlo hecho, no estaría escribiendo estas líneas hoy. Su forma extrema de vivir, que preconizó la debacle de muchos de mis estrellas favoritas de rock como Brian Jones, Jim Morrison, Janis Joplin y Jimi Hendrix, y más adelante Kurt Cobain, no me hubiera permitido alcanzar la edad que hoy he alcanzado. Sí. Me hubiera tocado tener un "cadáver bien parecido" y, lo peor de todo, sin una obra que lo redimiera del olvido. No sé qué tan buen poeta se es por imitar la vida de los buenos poetas, pero lo cierto es que no sólo para mí, sino para los inspirados poetas de los setenta en la Capital de la Montaña, Rimbaud era una palabra mágica que nos introducía a mundos llenos de aventuras excitantes, irreverencias más fuertes que las de los nadaístas y Gonzalo Arango (otro poeta a quien admiro mucho), y desórdenes de los sentidos que pretendidamente podían hacer que lográramos "iluminaciones"... En muchos casos no fue así.

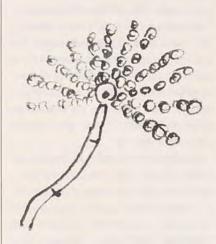


A Rimbaud lo seguí amando. Me leí notas biográficas sobre el poeta (nunca muy largas ni muy bien escritas), durante varios meses o años mantuve en mi mochila El tiempo de los asesinos de Henry Miller, que me parecía una obra magna, y aunque los poemas de Verlaine no acababan de gustarme, durante un tiempo los utilicé como epígrafes de intentos de escritura de poemas o de ensayos, ya no lo recuerdo bien. Incluso en tiempos más recientes, 1995 creo, me fui llena de expectativas a ver la película de Agnieszka Holland, Vidas al límite, sobre Rimbaud. La película, dicho sea de paso, fue una gran desilusión. Por un lado, no se contaba de mejor manera nada que uno ya no supiera. De otro lado, Leonardo DiCaprio haciendo de Rimbaud no resultaba para nada convincente, excepto por su belleza. Todo el tiempo pensé: "Oh, si River Phoenix hubiera estado vivo, al menos hubiera sido un Rimbaud más verosímil". En fin. Esto lo cuento simplemente para que se sepa que mi fidelidad al poeta galo ha sido constante y ha sobrevivido a los estragos de una larga relación, contrario a lo que sucede en la vida diaria.

El final de la vida de Rimbaud, sobre el que uno nunca tuvo noticias muy certeras o muy claras, siempre me parecía la parte más misteriosa de su existencia. Claro que múltiples historias se tejían sobre este mito en la vida del gran mito que es Rimbaud: que si en Abisinia era traficante de armas, que si vivía con un niño del que era amante; que si, por el contrario, había rehecho su vida al lado de una aborigen, que si su pierna se la habían amputado porque le dio gangrena, que si seguía enamorado de Verlaine, que si lo odiaba, que sus diarios, que si había renunciado a la poesía. En fin... En los tiempos pre-Internet, en las oscuras épocas en que no contábamos con el misericordioso dios Google, no era posible enterarse sino de chismes pasados de boca en boca. La verdad, no hace mucho busqué en la gran biblioteca mundial que es Internet, en la que los deseos se hacen realidad, información sobre los últimos años de Rimbaud, pero no obtuve nada revelador, excepto tal vez el saber que sobre su obra se siguen escribiendo libros, a los que no pude acceder por simple pereza de hacer compras en la red.

Y de pronto me topo con el libro del médico bogotano Orlando Mejía Rivera. Había visto una reseña de la novela en algún periódico, y me había dicho "tengo que leerlo", pero la oportunidad no había llegado. En esa reseña no se revelaba el secreto del libro, y yo voy a intentar no hacerlo para no quitarle emoción al lector apasionado/interesado. Baste decir que el relato de ficción con

documentos históricos por el que deliciosamente nos deja fluir Mejía Rivera es uno de los mejores textos sobre el poeta idolatrado que he leído en los últimos tiempos.



En este relato de ficción o novela, Orlando Mejía mezcla de manera magistral fuentes primarias, fuentes secundarias y ficción pura y dura. Los textos de Lepelletier, un periodista de la época y crítico literario, que retoma el autor, la mayoría apócrifos, me parecieron una joya, no por lo que dicen sobre Rimbaud, que no son más que despropósitos y exabruptos, sino porque son una revelación hilarante, por decir lo menos, sobre el espíritu no sé si sólo de ese momento o si de toda la historia, incluida la actual, del arrogante pueblo francés, al que Rimbaud se atrevió a retar no sólo en su obra poética sino con su vida misma. ¡Los textos de Lepelletier son un verdadero chiste! Me revolqué de la risa leyendo cosas de tan mala leche como éstas: "El poeta saturniano Verlaine cogía del brazo a una persona encantadora, la señorita Rimbaut (sic)" (pág. 14). "Se dice [de Rimbaud que en África se enriqueció mediante el tráfico de armas y de esclavos, pero eso no nos consta" (pág. 17). Refiriéndose a su labor como crítico, Lepelletier cita a su maestro Sainte-Beuve para decir que el apostolado de la crítica literaria es "orientar a los lectores, advertirles del peligro de los escritores disfrazados de pensadores excéntricos o de místicos alucinados, desenmascarar los ídolos falsos que son el postre favorito de los jóvenes desadaptados e inocentes que se deslumbran ante cualquier patán que posa de poeta incomprendido" (pág. 29). Refiriéndose a su primer y único, tal vez, encuentro personal con el poeta, al que lo introdujo Verlaine, el amargo crítico dice lo siguiente:

Empiezo por sus modales: no utilizó los cubiertos, cogió con las manos una porción de filete de vaca y lo desgarró, como si fuese un mastín de guerra, con unos voluminosos colmillos amarillos y sucios, mientras babeaba sobre mi mantel de terciopelo rojo, regalo de mi santa madrecita muerta. Luego, mientras canturreaba, borracho, una canción popular obscena en dialecto gascón, vi con estos propios ojos, abiertos por la incredulidad y el fastidio, que se rascó su abundante y grasosa cabellera y se extrajo un piojo del tamaño de una mosca y lo arrojó sobre mi sopa de verduras... Luego se alcanzó a bajar sus puercos pantalones e intentó mostrarme sus partes íntimas; pero de manera afortunada Paul lo detuvo y lo sacó de mi casa, la cual quedó oliendo por más de ocho días a nauseabundo, como si una pila de marranos hubiese vivido por años allí. [pág. 23]

Pero la frase que sí llega al colmo de los colmos, y de la que me reí con más ganas, es esta en la que se refiere a la obra de Rimbaud:

Como se atrevió este malnacido a burlarse de nuestro espíritu nacional, de la patria que nos legaron con grandes esfuerzos nuestros antepasados. Ha corrido con suerte Rimbaud de que esté muerto, porque ustedes me conocen, queridos lectores, por mucho menos yo me he batido en duelo por defender mi nación, esa madre de todos nosotros, que nos ha regalado los hermosos paisajes que conocimos en la infancia y una bella lengua que nos ha permitido expresar mejor que cualquier otro pueblo sobre la faz de la tierra las sutilezas del amor y los misterios del corazón humano. [pág. 29]

Textos apócrifos pero muy divertidos e ilustradores de lo bien que el autor conoce el espíritu de los franceses (el texto sobre la "señorita Rimbaut" aclaro, no es apócrifo), y de lo bien que conoce a Rimbaud y su vida. Definitivamente, como dice Patti Smith, la cantante de *rock* y poeta estadounidense, Rimbaud era un *nigger*, un rebelde, un revolucionario. ¡Qué risa!

Más adelante, en el libro, encontramos cartas de Rimbaud, de Verlaine, de un médico amigo del poeta que lo atendió poco antes de su traslado a Francia donde murió, que salen del teclado del médico literato y que le ayudan a construir su hipótesis, muy descabellada pero muy divertida, sobre las posibles causas de la muerte de Rimbaud. Al ficcionar estos textos, Mejía Rivera muestra que es un autor fluido, creativo, versátil y con un excelente estilo.



El libro me encantó. Me lo leí de una sentada, bueno, para ser más realista, en una acostada. Se nota que el autor conoce profundamente la vida y la obra de Rimbaud y que, contrario a Lepelletier, y en consonancia conmigo, piensa que con su obra revolucionó la acartonada poesía no sólo francesa sino del mundo entero, y por eso, dicha obra es digna de ocupar un puesto insigne, más que insigne, en la historia de este noble arte. La forma en que reconstruye la heroica vida de Rimbaud en África, la miserable vida de Verlaine en Francia y el amor extraño que une a estos personajes del mundo literario está muy bien lograda. Yo no sé, por ejemplo, si es cierto que Rimbaud leía el Corán, pero no me es difícil imaginarlo. No estoy tan segura de que en lo profundo de su corazón Rimbaud llamara a Verlaine con el apodo de "mierda", pero es posible presentir que la relación amorosa entre estos dos hombres no fue nunca una noveleta romántica que pudiere presentarse en alguno de nuestros dos canales nacionales de televisión.

¿De qué murió Rimbaud? Ya no me importa tanto. Creo que la forma en que vivió su vida y escribió su poesía es lo crucial. Rimbaud fue un hombre digno y un poeta excelso, digan lo que digan los demás, especialmente los espíritus venenosos como el Lepelletier real o de ficción que nos presenta Mejía Rivera en su obra. En cualquier caso, el relato de este médico es muy entretenido y constituve en verdad un homenaje a ese "asesino" que fue Rimbaud, quien sin manchar nunca sus manos de sangre, dio al traste con unas formas obsoletas no sólo de escribir sino de enfrentar la vida.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Canto (a) con acompañamiento (b) musical y drama

Melodrama

Jorge Franco Editorial Planeta Colombiana, 2006, Bogotá, 394 págs.

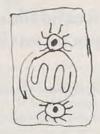
Hace unos años reseñé *Paraíso Travel*, del mismo autor¹. Una novela corta, narrada sobre una estructura muy cinematográfica, ágil y entretenida. Acusaba la formación del autor quien estudió cine en The London International Film School. Para entonces, era también Planeta la que le publicaba y lo convirtió en uno de sus autores. Ésta es una novela larga, a diferencia de las anteriores, narrada en acento paisa, al

igual que las anteriores, sórdida también, pero muy larga y, a diferencia de las demás, pierde el sabor y la agilidad cinematográfica dentro de un armazón de tiempos y voces confusa y pretenciosa;

Yo era el mismo que salía desmoronado de L'Ange Rouge a un París en pleno aguacero. No era el paso del tiempo el que nos hacía ver tan distintos y tan triturados sino las circunstancias: la de ella, un muerto que despedazaban los gusanos, y la mía, un muerto que todavía camina.

En el café ella pidió un trago. [...] Y ella, sudando frío, le respondió tráigame el que más le guste a su puta madre. [...] En París, Perla lloraba y bebía; en Medellín yo bebía de su teta, y al salir de L'Ange Rouge le puse la cara a la lluvia, abrí la boca y bebí el agua roja que caía de las nubes sucias que mojaban París de noche [...] [pág. 169]





Melodrama es una novela larga, en las entrevistas el autor afirma que se tardó cuatro años en presentarla y quiso, en sus vueltas narrativas, crear algo más complejo con un juego de tiempos que le permitiera seguir una saga, sus infortunios y desazones.

Son muchas historias alrededor de la belleza maldita del personaje central, Vidal, condenado desde su gestación. Amor, pasión, muertes, sexo, desazón y rabia se van mezclando, saltan de Antioquia a París y los personajes siguen tomando aguardiente, aquí y allá, igual de malhablados y de soeces y la atmósfera parece que se corriera como un tinglado. No es una novela fácil de leer, la trama cuesta y el lector se

tarda en encontrar el condenado a muerte, la desgracia de la familia, el tiempo se retrasa, se confunde con los delirios de los personajes, con su dolor y, sobre todo, con su rabia. Choca un poco tanta rabia, tanto resentimiento. El complejo drama humano aturde y aparece ya como un enredijo difícil de tragar.

Incesto, violación, pasión, desenfreno, alcoholismo, abuso, maltrato. Y aguardiente. Doble moral, engaño, drogas y champaña. Un mundo sórdido gestado en un municipio del occidente colombiano, en Antioquia y trasladado a París, para encerrar en cuatro paredes la misma miseria y estrechez mental de los protagonistas. Y la misoginia declarada, la imagen, tan de moda ahora después de las diatribas de Vallejo, la madre, causante de todos los males y poseedora de todos los defectos, madremujer, prostituta, malinche, posesiva y devoradora.

Y en este punto no se peca con las comparaciones, las nuevas generaciones han intentado sobrepasar el imaginario del realismo mágico. Ya no es un país imaginado sino el real, lleno de contradicciones, de horror, de violencia. Una sociedad corrompida por el narcotráfico y por la degradación social que este nuevo tejido social trajo consigo. Está bien. Pero por otro lado tiene que haber talento suficiente como para que los sucesos no entorpezcan y el escrito valga la pena como narración, como propuesta de estructura, como armazón, y que sea literatura, es decir, algo atemporal y sin limitaciones geográficas. En alguna entrevista Franco recalcaba la importancia de haber trasladado ese mundo infecto a la siempre elogiada capital francesa y el lector se pregunta para qué. Que culpa tienen los franceses del resentimiento o de la falta de dinero o de la malacrianza de los países en vías de desarrollo. Balzac, en La comedia humana, podía estar retratando cualquier sociedad, pues aquello que dejaba no era la creación de un escenario sino el montaje completo de personajes capaces de reflejar un mundo posible y real. En esta novela no hay un solo per-